

1er Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM - 25.08.2014

Por cuarta vez inicio una serie de Capítulos durante el Curso de Formación Monástica, con el deseo de acompañaros durante este intenso mes de formación y de vida fraterna. Esta serie de Capítulos busca seguir cada año un hilo conductor y profundizar un tema o temas que me parecen importantes no solo para vosotros, sino también para el camino de nuestras comunidades. Yo, evidentemente, parto sobretodo de lo que veo y experimento en la Orden Cisterciense, que es la realidad con la que estoy siempre en contacto en las diversas partes del mundo. Pero he visto que muchas preocupaciones y deseos se comparten con las diferentes comunidades de otras Órdenes monásticas, que, por otra parte, están bien representadas entre vosotros.

Este año, como anuncié en mi carta de Cuaresma a la Orden, el tema que quisiera seguir y profundizar es el de la mística, el corazón místico de nuestra vocación cristiana y monástica. En las conclusiones de mi relación sobre la situación de la Orden hecha en el último Sínodo decía que "es necesario reencontrar una dimensión mística en el corazón o, más bien, en la fuente de nuestra vocación. La mística no quiere decir estar fuera de la realidad, sino vivir con la conciencia de la realidad total y, por lo tanto, poner en el centro de nuestra vida y de nuestro corazón la relación con Dios, la experiencia de Dios. Si he promovido en la Orden, y en los Trapenses y en los Benedictinos, la causa para obtener el Doctorado de la Iglesia para Santa Gertrudis de Helfta, en el fondo no ha sido porque mire al doctorado en sí, sino por ayudarnos a despertar en nosotros y entre nosotros la dimensión mística de nuestra vocación, y santa Gertrudis es un buen modelo de esto, junto con san Bernardo y otros padres y madres cistercienses. Porque a veces me pregunto, mirando las comunidades, el modo de vivir la liturgia y la vida de las comunidades: ¿Pero esta gente es cisterciense por amor a Cristo o por otras cosas? ¿Encuentran verdaderamente a Jesús? ¿Tienen una relación viva con Él? ¿Viven por Él, con Él y en Él? (...)

La mística cisterciense es una mística bíblica, litúrgica, patristica, comunitaria, eucarística, humana, esponsal, filial, fraterna, de comunión... Debemos ayudarnos a reencontrar esta fuente de vida para vivir nuestra vocación y ser testigos verdaderos de Cristo en medio del mundo. Y ayudarnos a transmitirla a los jóvenes, de otra forma abusamos de su libertad. Cuando tenemos vocaciones y las mantenemos aprovechando motivos superficiales hacia los que creen ser atraídos por la fragilidad de su narcisismo, de su formalismo, de su clericalismo, esto quiere decir que tampoco nosotros tenemos experiencia de las razones profundas del seguimiento de Cristo. Pero solo las razones profundas permiten una perseverancia y una fidelidad fecundas y alegres, sin tener que buscar siempre nuevas compensaciones para llenar el vacío" (XVIII Sínodo ordinario de la Orden Cisterciense, *Relación del Abad General sobre el estado de la Orden, Reflexiones conclusivas*; www.ocist.org)

El deseo de profundizar esta dimensión de la vida en el seguimiento de Jesús, como lo he contado en la Carta de Cuaresma, se ha encendido especialmente durante mi peregrinación a Tierra Santa a comienzos de este año, y, sobre todo, al ser vivamente impresionado por una frase del Cantar de los Cantares mientras rezaba las Vigilias sobre el Calvario, en la Basílica del Santo Sepulcro. Esta frase del Esposo a la esposa es: “¡Tú me has robado el corazón, hermana mía, esposa, tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!” (Ct 4,9). En aquella frase percibí la intensidad de la relación de amor que Cristo nos ofrece desde la Cruz, un amor que llega a darnos el Corazón como precio a una simple mirada.

Cuando hablamos de “mística”, de mística cristiana, debemos entenderla dentro de esta revelación en la que Cristo nos manifiesta el inmenso valor que tiene para Él la comunión con nosotros, una comunión profunda, hasta el don del corazón. Esta es precisamente la perla preciosa de la que Jesús habla en el Evangelio (cfr. Mt 13,45-46), la perla más preciosa de todas que Él nos ofrece gratuitamente, sin imponérsela, pero sin la que no podemos poseer el Reino de Dios, por lo tanto, todo lo que Jesús ha venido a dar a la humanidad naciendo, viviendo, muriendo y resucitando por nosotros. Por lo tanto, hay una experiencia central en la vida cristiana sin la que todo lo demás corre el riesgo de perder su sentido y su vitalidad. Una experiencia central de amor que, como el corazón en el cuerpo, transmite la vida y el fervor a todo lo demás.

Con frecuencia, como decía en el Sínodo, parece como si esta experiencia central no existiese, o no fuese verdaderamente importante. No tomamos conciencia de ella más que cuando el drama de la vida nos hace entender que necesitamos de ella. Santa Gertrudis escribe que el Señor le concedió un día la gracia de conocer y considerar la profundidad interior de su propio corazón, y que así se dió cuenta que antes lo descuidaba, y no estimaba su corazón más que sus pies (cfr. *El Herald del Amor Divino*, II,2,1). Incluso nos olvidamos de nuestro corazón físico, pero nos damos cuenta que existe cuando en una experiencia de cansancio, de miedo, de dolor, se pone a latir con fuerza. Para el corazón físico no es grave que no seamos conscientes de él, pero nuestro corazón, en sentido bíblico, espiritual, si no somos conscientes de él es como si no pudiera latir de verdad, dar vida a todo el cuerpo. No ser conscientes de la naturaleza profunda de nuestro corazón nos hace estar menos vivos, no solo en la vivencia de experiencias dramáticas y extremas, sino también en las de la vida diaria, la vida que se nos da a vivir cada día con plenitud. Es urgente que nos ayudemos a entender cómo vivir conscientemente la experiencia central del cristianismo, porque esta es la experiencia central de nuestra naturaleza humana, es el corazón de nuestra humanidad, es el descubrimiento de nuestro corazón. Porque solo allí puede siempre renovarse y florecer una vida, una vocación, una comunidad, una Orden, toda la Iglesia.